



MINUSTAH – Haití IX

Hospital Militar Reubicable (HMR)

En este artículo trataré de contarles algunas de mis experiencias cuando con el grado de Mayor en el año 2008, fui designado como Director Logístico del Hospital Militar Reubicable (HMR) en el Contingente Haití IX en la Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en Haití (MINUSTAH).

Esta misión se había establecido desde el 1 de junio de 2004 por la resolución S/RES/1542 de ONU, después de que el Presidente Jean-Bertrand Aristide partiera de Haití para el exilio, debido a la crisis institucional que derivó en un conflicto armado entre diferentes grupos que se extendió a varias ciudades en todo el país. El país se había convertido en un estado fallido.

Haití comparte la isla La Española en el mar Caribe con República Dominicana, lugar de ensueño, hermosas playas con un mar cálido color azul. Pero lo que debería ser un paraíso, en la realidad no lo es.

Para hacerse una idea, Haití tiene una superficie similar a la de nuestra provincia de Tucumán pero en ese momento la población era de unos 10 millones de habitantes, con una marcada desigualdad social, donde existían los muy pobres, los pobres y los excesivamente ricos. Más del 70% de la población vivía con menos de 30 dólares al mes, un 25% con menos de 100 dólares al mes y luego estaban los ricos.

Imaginen ese contexto dentro de un país donde había electricidad en pocos lugares y solo durante algunas horas al día; donde talan los árboles para obtener carbón pero no forestan; donde debido a la deforestación la tierra fértil se ha ido lavando con las copiosas lluvias; no hay agua corriente y podemos seguir enumerando cosas que para nosotros son normales y allá no existen.

Creo que con estos pocos datos es posible entender y hacerse una mejor idea de lo que es Haití. Por eso pasemos ahora a relatar algunas experiencias y anécdotas de esos 6 meses que viví en esa paradisíaca isla.

El Hospital

Argentina participaba en esa misión con un batallón conformado por personal del Ejército y por Infantes de Marina, un escuadrón aéreo de la FAA compuesto por dos helicópteros Bell 212 y por el HMR de la FAA. El batallón estaba en la ciudad de Gonaïves, mientras que los helicópteros y el hospital en Puerto Príncipe.

El hospital era de nivel 2 y estaba destinado para la atención médica solo del personal de la ONU, que en ese momento eran de aproximadamente 10.000

personas. Tenía una capacidad de 3 consultorios, 2 sillones de odontología, traumatología, laboratorio, capacidad para 30 internados, 3 camas en terapia intensiva, 2 en shockroom y se podían realizar 2 operaciones simultáneas en el quirófano. Y también disponíamos de una morgue.

Los contingentes tenían su enfermería para los primeros auxilios o cuestiones médicas básicas, todo lo demás se atendía en nuestro hospital. Si la complejidad lo excedía se hacía el traslado a Santo Domingo (Dominicana).

Un dato curioso fue que los Vycas estaban a cargo del hospital en esa comisión ya que el Comodoro Alonso era el Jefe del Hospital, yo estaba como Director Logístico y el Primer Teniente Ruiz era el Jefe de Seguridad. ¡Tres Vycas!

El contingente Haití IX estaba compuesto por un grupo bastante heterogéneo. En total éramos casi 60 personas entre oficiales, suboficiales y personal civil de la Fuerza Aérea, suboficiales del Ejército, suboficiales de la Armada y civiles contratados (personal médico y de enfermería). Además, un tercio eran mujeres.



La vida era rutinaria, trabajo de lunes a sábados, donde cada uno tenía una tarea para hacer, por un lado los “logísticos o verdes” se debían encargar del mantenimiento de los generadores de los que dependíamos las 24 horas del día para tener electricidad; de los equipos de aires acondicionados que solo se paraban para limpiarlos; de los equipos de potabilización de agua; de los vehículos y de todo lo que iba surgiendo para permitir que el hospital funcionara sin problemas. Por el otro los “blancos o de sanidad”, se encargaban de las distintas funciones del hospital.

El hospital era lo más parecido a la casa de Gran Hermano ya que estábamos todos juntos encerrados dentro de las instalaciones. Allí trabajábamos, comíamos, dormíamos, descansábamos y hacíamos gimnasia. Y todo bajo el cálido clima del lugar. Un coctel hermoso para las relaciones humanas.

Historias y anécdotas

Nos conocimos todos en el CAECOPAZ, donde comenzamos los preparativos junto con el Batallón que desplegaría a Gonaïves, conformado por personal del Ejército y de Infantería de Marina. Y allí comenzaron las anécdotas...

El primer día, el Coronel que estaba a cargo del CAECOPAZ, luego de la presentación reglamentaria, me llama para decirme que para la próxima presentación quería que todo el personal del HMR estuviera uniformado, tal como lo estaba el personal del Batallón. Algo que fue imposible de cumplir hasta el último día antes de nuestro viaje a Haití que fue cuando nos proveyeron todo el equipo con el que desplegaríamos. Hasta entonces todos los días después de la formación recibía el llamado de atención del Coronel, donde mi respuesta era siempre la misma: "...cuando nos provean los uniformes podrán estar iguales". Imagínense un grupo de casi 60 personas, algunos con uniformes de servicio (de las tres FFAA), otros con uniforme de combate, los médicos y enfermeros de blanco y los civiles contratados con su ropa particular... ¡Imposible uniformar!, pero el Coronel no lo entendía.

Otra historia fue cuando nos quisieron tomar las pruebas físicas: el test de Cooper, abdominales, flexiones y extensiones de brazos, correr por 40 segundos, etc, etc. ¡Y de acuerdo con los parámetros de exigencias del Ejército! Se amotinó todo el personal de sanidad y por supuesto los civiles contratados. ¿Cómo hacerles entender que debían cumplirlas? Al final entendieron que había que realizarlas, pero por supuesto que las notas más bajas fueron las obtenidas por el personal del HMR.

Y al final llegó el día y partimos desde Ezeiza rumbo a la soñada isla caribeña, que nos recibió a pleno sol y con casi 50 grados de temperatura. Cuando salimos, en Buenos Aires la temperatura no llegaba a los 8°C. Se pueden imaginar el golpe de calor que sentimos todos al salir del avión. Por suerte el personal que nos estaba esperando nos fue dando una botella de agua a cada uno y nos obligaban a tomar para evitar la deshidratación.

A menos de una semana de haber llegado y cuando aún nos estábamos preguntado que estábamos haciendo allí, tuvimos la primera inspección de la ONU (todos los meses hacia una inspección). Por supuesto recibimos al grupo de inspectores con el avituallamiento necesario, jugos y gaseosas bien frías y galletitas varias (no se conseguían facturas); pero no era como las inspecciones acostumbradas en la Argentina que salvábamos las cosas "*non sancta*" con un buen recibimiento y posterior asado. Es así que el bangladesí (jefe de inspectores) más los filipinos y jordanos nos controlaron todo lo que figuraba en la orden de inspección. Dado que nosotros éramos recién llegados y aún no conocíamos todos los recovecos del hospital, ellos nos iban diciendo donde estaban las cosas, lo que nos permitió pasar la inspección sin novedad.



Fotos correspondientes a la inspección.

Los jueves era el día en que se recibía el camión que traía los víveres y allí todos ayudaban a descargar y a acomodar lo recibido en los 7 contenedores que disponíamos para ello. Pero también, era el día que a las 16 hs todos lo que no estaban de turno se cambiaban de gimnasia para hacer fajina en el predio, limpieza, corte de pasto, fumigación, pintura, etc. Al principio todos concurrían sonrientes, pero con el paso del tiempo, hubo que obligarlos “a fuerza de látigo”.



Descarga del camión de los víveres



Jueves de fajina

Como dije antes, había 21 mujeres dentro del grupo y como tales no podían estar sin hacer shopping, así que los días sábados a la mañana era el día en partían todas a algún supermercado de la capital, poco era lo que compraban pero al menos satisfacían sus necesidades de ir de compras.

El día más esperado era el domingo ya que era el día que teníamos libre, donde salvo los que estaban de turno, el resto se iba a la playa y cuando por motivos de un huracán que cortaba la ruta no se podía llegar, se iba a la pileta de algún hotel en donde por un par de dólares se podía pasar todo el día.



Las fotos corresponden a un ex-club Med que fue refaccionado y se llamaba Indigo Beach. Estaba a unos 70 km del hospital y se tardaba entre 2 y 3 horas para llegar.

Esa temporada se formaron cerca de 20 huracanes en la zona pero solo 4 impactaron en la isla donde produjeron bastantes daños por lo precario de la infraestructura del país. Sobre todo producían aludes y desbordes de los ríos, que destruían viviendas, puentes y caminos.





Destrozos causados por uno de los huracanes que impactó en la isla. Inundaciones y desbordes de los ríos destruyendo casas, caminos y puentes. La última foto de la derecha es el Batallón Argentino ubicado en Gonaïves que se inundó con más de un metro de agua luego del huracán Hanna.

La gomería

Reparar un neumático era toda una experiencia. Existían al costado del camino unos puestos que se dedicaban a reparar las pinchaduras. Con algún gato hidráulico maltrecho y la ayuda de piedras y troncos, conseguían elevar el vehículo. Luego con la ayuda de algunos hierros, palancas y mucha maña lograban desarmar la cubierta.

El tema se ponía mejor cuando había que vulcanizar el parche y ahí uno comprendía que hacían un par de pistones en el fuego. Colocaban el parche en la cámara o cubierta y lo vulcanizaban con la cabeza del pistón que gracias a la temperatura y al peso lograban su cometido.

Pero no terminaba allí la cosa. Recuerden que no hay luz, menos al costado del camino y la cubierta debía ser inflada. Para eso se iban turnando para inflarla con un inflador de pie!!!!



La heladería

Otro de los puestos que se podía encontrar era el de la venta de helados. Tal como se puede ver por acá, los heladeros andaban en bicicletas o con algún carrito. Allí llevaban un trozo de una barra de hielo y con un cepillo de carpintero o algo similar raspaban el hielo sacando pequeños pedacitos que colocaban dentro de un vaso plástico al que luego le rociaban con un líquido colorido. Tenían diferentes botellas con líquidos de diferentes colores con el que “saborizaban” el helado. Les juro que no me animé a probarlos.



Medios de transporte

Existían diferentes medios de transporte terrestres. En primer lugar estaba lo que funcionaba como taxi: la “motoconcha”. Eran motos que paradas en diferentes lugares cumplían la misma función, pero el solo hecho de verlos manejar exigía de mucho coraje para tomarse una.



Después estaban los que podemos llamar los colectivos urbanos: los “tap tap”. Seguramente ustedes se preguntarán porque del nombre, muy simple, “tap tap” es el ruido de los dos golpes que uno hace al costado contra la chapa del vehículo cuando quiere bajarse. Los vehículos utilizados para estos menesteres eran unas pequeñas combis muy ornamentadas y la gran mayoría eran camionetas a las que estiraban un poco la caja y les colocaban unos bancos de madera.



Y por último, el interurbano. Para esto se utilizaban los típicos ómnibus escolares amarillos de Estados Unidos. Normalmente iban a mucha velocidad y tocando bocina para que lo dejen pasar. Entre la velocidad a la que iban, el estado de los caminos y la tierra que levantaban, eran un verdadero peligro.



Todo arriba de las cabezas

Las mujeres llevan todo en fuentones o canastas arriba de las cabezas. Increíble el equilibrio que habían desarrollado, transportando diferentes cosas y muchas veces de gran peso. Era común verlas llevar un balde de 20 litros (los de pintura) con el cual iban a buscar agua.



Teléfono público

Los teléfonos públicos eran hombres que estaban con un banco o silla y un celular. Si uno quería hacer un llamado, este le hacía escuchar el saldo que disponía el celular antes y después de la llamada, la diferencia es lo que se pagaba. El banco o la silla eran para que el usuario se pudiera sentar mientras hablaba, algunos más lujosos tenían una sombrilla.



La sombrilla roja es de un telefono público

Vendedor de langostas y de cocos

En las playas era común ver a hombres con una canasta de mimbre y una especie de arpón muy rudimentario. Eran los vendedores de langostas. Si uno tenía

ganas de comer una langosta asada lo llamaba, pactaba el precio y luego esperaba disfrutando de la playa. Este hombre se metía al mar, con el arpón cazaba la langosta, luego la asaba y se la traía junto con limón.

También estaba el vendedor de cocos, era un hombre que solo andaba caminando con un machete en la mano y ha pedido, se subía a algún cocotero para elegir el mejor coco y bajarlo. Luego le hacía un corte para que uno pudiera tomar el líquido interior y luego lo partía para que lo pudiéramos comer.



Canasta y arpón usados para cazar las langostas y un vendedor de cocos.

Siempre era necesario consensuar el precio antes para evitar problemas.

El “WARNES” haitiano

A la hora de necesitar algún repuesto de vehículos, existía el “Warnes” haitiano. Era una zona, de algunas manzanas de extensión donde se conseguían todo tipo de repuestos, la mayoría usados.

La técnica era la siguiente, uno llegaba a la zona y mostraba el repuesto que necesitaba, inmediatamente varios lo rodeaban y comenzaba la negociación. Había que elegir a uno (el que más confianza a uno le daba), entregarle el roto. Ellos comenzaban a recorrer los diferentes puestos hasta encontrar uno “similar” y regresaba con los dos. A veces el tiempo de espera era de algunos minutos pero llegaba a ser de un par de horas también, dependiendo de la pieza que uno buscaba.



Funerales

El hospital era el lugar elegido para la realización de los funerales del personal de la ONU fallecido en Haití. Lamentablemente tuvimos que preparar algunas ceremonias, si bien la organización corría por cuenta del país del fallecido, el hospital prestaba las instalaciones. Era un momento triste y que afectaba la moral de los integrantes del hospital.



Hasta aquí he querido contarles un poco de cómo es la vida en Haití y de algunas de sus costumbres, quedan muchísimas anécdotas e historias pero debido a la extensión que ya tiene este relato, las dejaremos para próximas entregas.

Fue una muy linda experiencia, que permitió no solo darse cuenta de la riqueza que tiene Argentina, sino que también apreciar las dificultades y realidades que hay en otros países. Otro aspecto enriquecedor importante fue poder relacionarse con gente de contingentes de culturas muy distintas a las nuestras (en ese momento había contingentes de 45 países) y lo que es la convivencia durante 6 meses de un grupo de casi 60 personas viviendo dentro de contenedores.

Continuará....



Comodoro Gustavo Javier PONS
Socio AEVYCA Nro 0016